

Films de Amor

ASI ES NUEVA YORK

NÚM
307



25
CTS.

Miriam Hopkins
Phillips Holmes

CAMPBELL, Colin



FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

NO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 307

1932

Two Kinds of Women,
Así es Nueva York

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por la genial

MIRIAM HOPKINS

Narración de HARRY BALTYMORE

Producción
de la invicta
m a r c a



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

INTERPRETES

Emma	.	.	.	MIRIAM HOPKINS
Joseph	.	.	.	Phillips Holmes
Adriana	.	.	.	Winne Gibson Δ
John Kral	.	.	.	Stuart Ervin Δ

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

En uno de los distritos próximos a Nueva York, el rico propietario John Kral, vivía con su hija Emma, muchacha de unos veinte años, caprichosa como hija única y preciosa chiquilla, que hasta aquel momento no había tenido más que dos grandes amores en su vida; el que profesaba a su padre y el que tenía por Nueva York, ciudad que anhelaba conocer con toda su alma.

Por aquel entonces estaban próximas a celebrar las elecciones de Senadores y todos los influyentes de la política habían pensado en John Kral, como el único hombre digno de representarlos en el Parlamento. Su honradez demostrada durante muchos años de lucha en los negocios y su moralidad comprobada, daban a los electores las máximas garantías de que estando Kral en el Parlamento sus intereses estarían a cubierto de todo riesgo.

Por lo mismo se reunieron una tarde los

representantes políticos del distrito y fueron a casa de Kral para decirle:

—Hemos acordado, entre todos, que sea usted la persona que nos represente en el Parlamento. Todos los votos de aquí serán de usted, lo único que nos hace falta es que se traslade a Nueva York y que dé algunas conferencias para obtener el consentimiento de los electores que le faltan.

—Pero, si yo nunca he pensado en la política—respondió extrañado el futuro senador.

—No importa—respondió el que llevaba la voz cantante entre los comisionados—. Usted es un hombre honrado y no permitirá que los intereses de la provincia vayan a estar representados por algún hombre que no sepa defenderlos tal y como se merecen.

John Kral seguía dudando y nuevamente una de las señoras que formaban parte de la comisión le dijo:

—Debe usted hacerlo, Kral. Piense usted que tiene una hija y que defendiendo la provincia la defiende también a ella. Hay que evitar que el ejemplo pernicioso de las grandes ciudades llegue hasta aquí y aniquile todos los buenos ejemplos de moralidad que hemos inculcado en nuestra juventud.

Acabó por fin el buen hombre aceptando cuanto le proponían y los mismos comisionados le indicaron los medios de que se po-

dría valer para que sus conferencias tuvieran la mayor profusión posible.

Y ya en este plan John Kral se dispuso para salir al día siguiente hacia Nueva York y empezar su lucha política, en beneficio de la provincia a la que pensaba representar.

Cuando volvió al lado de su hija, Emma se hechó a sus brazos y después de besarla repetidamente le preguntó:

—¿Qué querían estos señores, papá?

Su padre le refirió la entrevista que había tenido con ellos y terminó diciéndole:

—He aceptado lo que me proponían y mañana saldré para Nueva York... ¡A ver cómo te portas mientras dure mi ausencia!

—¿Es que piensas dejarme aquí?—preguntó extrañada ella—. Yo quiero ir contigo.

—No puede ser—respondió su padre—. Yo no sé el tiempo que estaré en Nueva York, y además me espanta esa gran ciudad.

—No seas niño, papá,—insistió Emma—. Nada me puede pasar en Nueva York teniéndote a ti.

—Yo quiero ir y si tú no me llevas, me iré al día siguiente para buscarte... Yo no quiero quedarme sola...

Y ante las súplicas de su hija, apoyadas por sus besos y caricias el buen padre terminó diciéndole:

—Bueno, está bien, vendrás conmigo a

Nueva York... Prepara todo lo necesario y mañana saldremos en el primer tren.

Emma no se hizo repetir la orden, sino que corrió alegremente a su cuarto y aquella noche, antes de la hora de cenar ya tenía preparado todo su equipaje y el de su padre, ante el temor de que cualquier incidente de última hora, pudieran hacerles perder el tren.

A la mañana del otro día, John Kral y su hija, acompañados por los electores del distrito fueron a la estación y a la partida del tren los vítores y aplausos se sucedieron continuamente, haciendo pensar a Emma lo que sería el día que por fin su padre saliese triunfante en aquella elección.

La llegada a Nueva York fué para la joven algo sorprendente. Al ver los gigantescos edificios de la populosa ciudad, al admirar el tráfico continuo de sus calles, el movimiento que se advertía en todo cuanto la rodeaba, sintió el vértigo propio de la vida moderna y su corazón latió alegramente, queriendo abarcar en una sola mirada todo lo que era Nueva York.

Llegaron al hotel y al poco rato de estar en él sonó el timbre del teléfono y Emma se puso al habla preguntando:

—¿Quién es?... Sí, sí, aquí es John Kral... Soy yo misma,

—¿Quién es? — preguntó su padre, al ver que su hija hablaba animadamente.

—Es Helen, aquella amiga que conocí en la playa el año pasado.

—Ah, ya recuerdo—respondió su padre—. ¿Cómo se ha enterado de que estábamos aquí?

—Habrá leído los periódicos — replicó Emma—. Dice que vaya a verla, si es que tú me dejas... Quiere acompañarme por Nueva York.

—Con mucho gusto—respondió John, pensando que gracias a aquella amistad su hija no quedaría sola en la gran ciudad.

Emma prometió ir a buscar a su amiga y abandonó por fin el aparato.

Próxima ya la noche, empezaron a acudir al hotel periodistas que venían a informarse de los propósitos políticos del futuro senador y a pedirle algunas declaraciones que reflejasen sus propósitos políticos.

Mientras hablaba con ellos salió su hija, preparada ya para salir a la calle y se acercó a besar a su padre, al mismo tiempo que le decía:

—Me voy papá... ¿Deseas algo?

—Solamente que regreses pronto—respondió John—. Ya sabes que me da miedo Nueva York para una joven como tú.

—Descuida que no soy ninguna chiquilla — exclamó riendo alegremente Emma—. Además, te prometo que volveré enseguida.

Kral presentó a Emma a los periodistas que estaban con él y la joven salió para dirigirse a casa de su amiga.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

**la novela blanca preferida
por todas las señoritas.**

SEGUNDA PARTE

Helen Crassly era una de esas mujeres modernas acostumbradas a vivir su vida sin preocupaciones, ni miramientos del qué dirán. Su vida, aunque nada tenía de oscuro, era, sin embargo, demasiado ligera y frívola. Acostumbraba a ir a todos los cabarets de la ciudad, a todos los music-hall y a sitios que en verdad estaban bastante reñidos con la moral y las buenas costumbres.

Después de saludarse las dos amigas, Helen le preguntó:

—¿Qué plan tienes para esta noche?...
¿Tienes algún compromiso?

—Ninguno — respondió la joven provinciana —. He venido a verte y luego volveré otra vez con papá... Le inquieta Nueva York.

Helen se echó a reir alegremente y exclamó:

—Tu padre no cambiará nunca... Siempre temiendo de que alguien le pueda robar a su Emma... Yo creo que si tuvieras madre

estaría celosa del cariño que tu padre te tiene.

Emma se echó a reir de aquel pensamiento de su amiga y la otra continuó diciéndole para animarla:

—¡Me parece que tú te irás de Nueva York sin conocerlo, sin saber nada de él!

—¿Por qué dices esto? — preguntó extrañada Emma —. Papá me ha prometido llevarme a la Opera y al teatro...

—Eso es lo menos importante de aquí — exclamó riendo Helen —. Mira, para principiar esta noche cenarás conmigo.

—¿Aquí? — preguntó ingenuamente la hija de Kral.

—De ninguna forma — contestó alarmada Helen —. Cenaremos en un cabaret y verás caras nuevas, conocerás tipos interesantes y te irás dando una pequeña idea de lo que es Nueva York.

La propuesta de Helen la seducía, pero Emma, pensando en su padre no se atrevió a aceptar en principio y su amiga volvió a insistir diciéndole:

—Te advierto que terminaremos temprano.

—¿Y no crees que pueda ofenderse papá, si yo voy ahí?

—¿Ofenderse, por qué? — preguntó Helen.

—Ya sabes el concepto que papá tiene de la moral y mucho más ahora que va a ser senador.

—Por muy estrecha que sea la moral de tu padre, nada hay allí que pueda molestarle.

Y tantas garantías le dió Helen, que Emma terminó por acceder a su deseo y se fuéreron juntas a cenar a uno de los más populares cabarets de la ciudad.

Poco después llegaron a él y Emma miraba todo cuanto la rodeaba con la extrañeza propia de una persona que le parece estar viendo un sueño. Se sentaron en una mesa que les ofreció el camarero y pidieron un aperitivo.

Antes de que le fuera servida la bebida, se acercó a ellas un joven elegantemente vestido, quien saludó a Helen diciéndole:

—Hola, Helen... Ya hace días que no te veía por ahí... ¿Qué te ha pasado?

—He hecho buena vida... ¿Y tú sigues bebiendo como siempre?

—He prometido no volver a beber más— respondió él—. Despues de lo que me ocurrió le tengo horror a la bebida... Con tu permiso voy a sentarme.

Acercó una silla a la mesa de las dos jóvenes y Helen le presentó a su amiga diciéndole:

—Es Emma Kral, la hija del futuro señor.

—Mucho gusto — respondió el joven —. ¿Conocía usted ya Nueva York?

—No — respondió ella —. Es la primera vez que he venido.

—Pues yo soy Joseph Gesham y para mí sería una dicha poderla servir de guía.

—Le advierto que lo hago mucho mejor que ésta.

—Muy agradecida, pero no puedo aceptar su oferta—respondió Emma, sonriendo atraída por la simpatía del joven.

—¿Por qué? — preguntó él extrañado—. ¿Acaso le está prohibida la compañía de un hombre que siente gran admiración por usted?

—En efecto— volvió a decirle ella —. Me está prohibida y tengo que obedecer la prohibición.

—¿Comprometida acaso?

—Comprometida — respondió riendo Emma.

—¿Con quién? — inquirió molesto Joseph.

—Con mi padre— exclamó Emma.

El muchacho rió alegremente, como si sintiera que le habían quitado un peso de encima y le dijo:

—Entonces esta noche va usted a faltar a la prohibición y se vendrá a cenar conmigo, ¿verdad?

—No — respondió ella —. Cenaré con Helen y luego me iré a mi casa, es decir, a mi hotel. Pero la conversación fué haciéndose

cada vez más entretenida y mientras ellos dos hablaban, Helen saludó a un tal James que vino a donde estaba ella y le preguntó:

—¿Y Clarisa?

—La he dejado en casa, como siempre— respondió James.

—¿Sigue bebiendo? — preguntó sonriendo Helen.

—No ha parado nunca—le contestó James—. Yo creo que hasta dormida bebe.

Helen le presentó a su amiga y cuando James se hubo marchado, explicó el caso de aquél hombre diciendo:

—Tiene una mujer guapísima, pero tiene el vicio de la bebida y nunca puede verla fresca.

—Y sin embargo — intervino Joseph—, la ama con locura. Nadie puede decir que le haya visto acompañado de otra mujer que no es la suya.

Comentaron durante algún tiempo la vida del tal James y de su esposa y Joseph volvió a insistir otra vez cerca de Emma para que aceptase su invitación. Y tanto interés pareció demostrar por ella, que al fin la joven, cada vez más atraída por la simpatía de él, terminó por aceptar y salieron los dos solos del cabaret para ir a cenar a otro restaurant.

Terminada la cena, que para Emma, fué uno de los momentos más agradables de su vida, la llevó a un circo para distraerla y du-

rante todo el tiempo que estuvieron en él Joseph no hizo otra cosa que expresarle el sentimiento que en él había despertado diciéndole:

—Desde el primer instante que la vi, comprendí que nosotros llegaríamos a ser muy buenos amigos.

—¿Por qué? — preguntó ella ingenuamente.

—Porque es usted una mujer completamente diferente todas las demás que he conocido hasta ahora. Sentí, al verla, una extrañeza, sensación y deseé grandemente que nuestra amistad pudiera ser muy íntima.

—¿Muy íntima? — preguntó alarmada ella. El advirtió el gesto de la muchacha y se apresuró a decirle:

—No se alarme, y oigame hasta el final.

—A mí nunca me ha engañado el corazón y al verla, experimenté la impresión de que usted era la mujer que amaría toda la vida. ¿Le parecerá extraña mi declaración cuando apenas hace unas horas que nos conocemos?; pero yo le aseguro que es sincero y noble ¿No cree usted que un hombre puede enamorarse de una mujer en unas horas nada más?

—Lo que no creo es que se haya valido de su oferta, para hacer esto— respondió molesta Emma.

—Perdóname, Emma, pero no debe ver en mis palabras ningún motivo de ofensa. Yo

creo que nuestras vidas deben ir siempre juntas, es más, estoy seguro de que su venida a Nueva York ha sido impulsada por el destino para encontrar la otra vida que ha de ir siempre al lado de la suya.

A pesar de todo, Emma no podía evitar que las palabras de su compañero fueran infiltrándose en su alma y que se sintiera halagada por ellas.

El lo adivinó así y ante el silencio de ella le preguntó:

—¿En qué piensa usted?

—En las mujeres que habrán oído a usted decirle lo mismo que me acaba de decir a mí.

—Yo le juro que no—respondió seriamente Joseph—. A ninguna mujer le he hablado de la forma que lo hago a usted, por la sencilla razón, de que ninguna ha llegado a producirme la dulce emoción que usted me ha hecho sentir.

Había terminado la representación del circo y aquello fué lo que salvó a Emma, porque de lo contrario ella hubiera terminado confesándole que igual emoción había producido en ella su presencia.

Del circo fueron a dar una vuelta por los establecimientos principales de la ciudad y ya de madrugada entraron en uno para almorzar.



— ¡Haga el favor de salir inmediatamente!

Emma sonreía dichosa y al ver la hora que era exclamó:

—Debo marcharme ya... Mi padre estará impaciente aguardándome.

—¿Y no cree usted que esté durmiendo tranquilamente? — preguntó Joseph.

—De ningún modo—exclamó la muchacha—. Le conozco bien y sé que mi ausencia no le habrá dejado dormir.

—Pues entonces, vámonos — propuso Joseph.

Pagó la consumación y poco después llegaban a la puerta del hotel donde se hospedaba Emma con su padre.

Allí se despidieron los dos jóvenes y Joseph le preguntó:

—¿Podré verla otra vez?

—Mañana pienso volver a visitar a Helen en su casa—respondió la joven.

—Bien, pero yo quisiera verla en otra parte que no fuera con Helen.

—¿Tiene usted que decir algo de mi amiga? —preguntó ella, con cierto aire de ofendida.

—Absolutamente nada, pero si he de serle sincero Helen no es una amiga que le conviene mucho... Es una advertencia nada más. Yo le telefonearé mañana, para que cenemos juntos... ¿Vendrá?

Emma no respondió, pero en la sonrisa que iluminó su rostro, comprendió Joseph que aceptaba la invitación y se despidió de ella alegremente, sintiendo la satisfacción propia del hombre que cree haber encontrado a la mujer que puede hacerlo feliz.

TERCERA PARTE

Los días siguientes fueron para Emma un continuo idilio. Joseph le demostró tanto amor que ella se entregó a él sin reserva alguna y terminó confesándole que le amaba. Desde el día siguiente a la noche en que se conocieron, los dos jóvenes salían siempre juntos, juntos cenaban también y no se veía al uno sin la compañía del otro.

Una de las noches mientras que los dos jóvenes estaban cenando en un cabaret, Emma advirtió que una de las mujeres que bailaban miraba sin cesar a Joseph y le hacía señas simuladas con la mano.

—Me parece—le dijo a su novio—que esa señora quiere decirte algo.

El miró hacia donde estaba la que bailaba y una mortal palidez se adueño de su rostro, mientras que la aludida le decía a su pareja:

—¿Dices que ella es la hija de un senador?

—No sé si es la hija de un senador o no—

respondió su compañero—. Lo único que sé es que es riquísima.

Ella miró fijamente a Emma y volviéndose a su compañero terminó diciéndole:

—Tom, es preciso que indagues qué clase de relaciones existen entre él y ella. Quiero estar enterada de todo lo que hacen.

—Descuida—respondió el otro, a quien había llamado Tom—. Los vigilaré y no se me escapará el menor detalle.

La presencia de aquella desconocida había causado en Emma cierto malestar y propuso salir de allí, donde tan a disgusto se hallaba. Cuando llegaron a la calle y mientras se dirigía a su casa, la oven le preguntó:

—¿Conoces a esa mujer que tanto te miraba?

—Desgraciadamente, sí — respondió Joseph—. Es algo que te quería decir y que no me atreví a ello. Comprendo que obré mal, pero quiero ser siempre sincero contigo y voy a decirte la verdad. Esa mujer es mi esposa.

Emma miró asustada a su novio y exclamó, como si no hubiera oido bien.

—¿Tu esposa?... ¿Dices que es tu esposa?

—Sí, Emma — siguió diciéndole Joseph—. Es mi esposa en contra de mi voluntad. Me casé con ella sin que yo me diera cuenta, aunque jamás he vivido con ella. Se llama Adriana y es una mujer de una vulgaridad desconcertante.

—¿Entonces, por qué te casaste? — preguntó Emma, sin poder comprenderlo.

—Fué una noche en que yo había bebido más de lo corriente y mi cerebro estaba perturbado por el alcohol. Ella, que es una chantaquista, se aprovechó de que yo era un inconsciente para casarse conmigo y cuando me desperté al día siguiente me di cuenta de que había dado mi nombre a una mujer indigna. Quise recobrar mi libertad con el divorcio, pero ella se niega, pensando que podrá conseguir una buena recompensa.

Emma no sabía qué responder. Su impresión había sido tan grande que quedó anonadada por la confesión que su novio le había hecho. Joseph, después de unos minutos de embarazoso silencio volvió a decirle tristemente:

—Yo comprendo que no tengo derecho a mezclarme en tu vida, Emma, y lo mejor es que te vayas de Nueva York y me olvides. Tú eres una mujer diferente a las de aquí y nada saldrías ganando con el trato de ella. Comprendo que no he obrado bien, al no decirte ya el primer día este secreto...

Era tan doloroso el acento con que se expresaba, había tanta tristeza en sus ojos, que Emma, sin poderse contener lo abrazó fuertemente y lo besó con pasión al mismo tiempo que le decía:

—¡Yo te amo, Joseph!... ¡Te amo y sa-
bré esperar que rompas con esa mujer!

—Mañana mismo iré a verla y le ofreceré
todo lo que pueda para que me dé el divor-
cio—respondió Joseph.

En efecto al día siguiente se presentó en
casa de Adriana, en el preciso momento que
estaba con Tom, que le decía:

—Es preciso que arregles eso de tu divor-
cio, Adriana.

—¿Por qué tienes tanta prisa?... ¿Acaso
tienes celos de él?

—No es eso, sino que necesito dinero para
pagar una deuda de juego... Perdí y he de
pagar esta misma semana, de lo contrario me
expongo a que me maten.

Ella se encogió de hombros y respondió:

—Después de todo siempre será una muer-
te más honrosa que no morir ajusticiado...
¿Cuánto debes

—Veinte mil dólares — respondió su ami-
go—. Tú puedes obtener eso de Joseph.

—Ya lo creo que sí—respondió ella—pero
yo no cederé mi derecho, hasta que él me pa-
gue cien mil dólares.

—No seas loca — replicó su amigo—. Jo-
seph no podrá darte esta cantidad.

—El no, pero su padre sí...

Salió en busca de Joseph que aguardaba
ser recibido y cuando lo vió le dijo burlona-
mente:



— Te concedo el divorcio.

— Ya sé que estás enamorado y que quie-
res casarte con una joven heredera.

— No hablemos de ella — respondió Jo-
seph—. He venido solamente a tratar de nues-
tro divorcio.

— ¿Traes el dinero que te pedí por nues-
tro divorcio? — preguntó Adriana.

— Te ofrezco treinta mil dólares—les con-
testó él—. Es cuanto he podido reunir.

— No me bastan — replicó ella —. Quiero
cien mil dólares para dejarte libre... No ha-
berte casado conmigo y serías libre.

—Bien sabes que no lo hice yo—exclamó Joseph—. Fuiste tú y tus amigotes los que os aprovechasteis de mi borrachera para hacerlo.

—Sea como sea, la cuestión es que si te quieres casar tienes que darme ese dinero.

—Sé razonable una vez en tu vida, Adriana—le suplicó él—. Comprende que no puedo darte este dinero porque no lo tengo... Déjame en paz y sigue tu camino.

Mientras hablaban, Tom iba escuchando la conversación de los dos jóvenes y al entrar de nuevo Adriana, Tom le dijo:

—¿Por qué no has aceptado los treinta mil?

—Porque ya te he dicho que quiero los cien mil.

—¿Y si no te los da?... Piensa que yo necesito dinero esta misma semana...

—Pues si lo necesitas, búsealo y en paz... ¿Por qué he de ser yo quién te lo dé?

Y sin preocuparse más de su amigo siguió arreglándose tranquilamente, como si nada hubiese ocurrido.

Joseph comunicó a su novia el resultado de su entrevista con su mujer y Emma, le dijo confiando en su padre:

—Lo mejor que podemos hacer es decirselo a papá y que él nos ayude.

Siguiendo este consejo los dos jóvenes fueron a ver al futuro senador y Emma le dió



—¿Le has dejado sin salvarme a mí?

cuenta de la clase de relaciones que existía entre ella y aquel joven.

John Kral miró al muchacho y al fin le preguntó:

—¿Usted es el que me tiene a mi hija hasta las tantas de la noche por ahí?

—Sí, señor — respondió Joseph—. Comprendo que está mal, pero así es Nueva York y los que vivimos aquí estamos influenciados por el ambiente.

—Pero yo no lo consentiré—exclamó John Kral.

Emma se creyó en el caso de intervenir y se acercó a su padre diciéndole:

—Papá, Joseph quiere casarse conmigo... Es mi novio y sólo espera poderse divorciar para casarse.

—¡Qué está usted casado! — exclamó indignado el padre de Emma —. ¿Casado y quiere volverse a casar con mi hija?... ¡Haga el favor de salir de aquí inmediatamente sino quiere que le heche!

Joseph no quiso forzar más la situación y siguiendo la orden del padre de Emma abandonó el hotel, mientras que la muchacha se encaraba con su padre y le decía:

—No está bien lo que has hecho, papá. Yo amo a Joseph y tú debiste ayudarnos.

—¿Crees que yo puedo ayudar tal desatino? — exclamó su padre —. Lo único que voy a hacer es mandarte otra vez a nuestra casa... Nueva York no es una ciudad para ti... ¡Tienes que dejar a ese hombre!

—¡No lo dejaré! — respondió con firmeza la joven —. Le quiero y sé que él me quiere también. Si tu no quieres ayudarle, le ayudaré yo.

—¡Te prohibiré que le veas! — volvió a decirle su padre.

—No lo conseguirás, porque yo me voy ahora mismo de aquí. Me iré a casa de Helen y esperaré allí que él consiga su divorcio para casarnos... ¡Quiero ser feliz y no huiré

de la dicha, por un irrisorio escrúpulo de moral!

Y ante la extrañeza de su padre, volvió a salir airadamente dejándole solo, precisamente en aquella noche, que era en la que él tenía que hablar por radio.

Directamente se fué Emma a casa de su amiga y la puso al corriente de cuanto pasaba diciéndole al final,

—¿No crees que he hecho bien, en no querer destruir mi felicidad?

—Apruebo todo lo que has hecho — respondió su amiga —. Ahora mismo llamaré a Joseph para que venga a verte y sepa el resultado de tu entrevista con tu padre.

En efecto, poco después llegó Joseph, que al saber la resolución que había adoptado su novia le aconsejó:

—Emma, vete de Nueva York y olvídate... Yo no debo mezclar tu vida ni la de tu padre en la mía... Piensa que todo ha sido un bello sueño y del que has despertado ya... Yo te quiero demasiado para permitir que hagas esto.

Pero Helen seguía opoyando la decisión de la joven y esto le dió más fuerzas aun a Emma para insistir en su deseo de permanecer allí, hasta que él arreglase su asunto con Adriana.

Le dijeron que el sombrero había sido encontrado en el suelo de la habitación, y que el sombrero de Adriana no era de color negro, sino de color gris. La señora no respondió, y el detective se dirigió a la puerta.

CUARTA PARTE

Aquella noche Adriana celebraba en su casa una de sus muchas fiestas, donde se bailaba descodadamente y se bebía de toda clase de bebidas. Apenas hacía un par de horas que había dado comienzo la fiesta, cuando ya se advertía en todos los presentes los primeros síntomas de la borrachera. En aquel entonces llegó James acompañado de su mujer, que como de costumbre, venía medio borracha. Adriana, que salió a recibirlos, al ver el estado en que se hallaba la mujer de su amigo le dijo:

—Lo mejor es que la llevemos al comedor y la sentemos allí.

—Sí—respondió James—. En cuanto coja una silla se queda dormida y no nos molestará.

Entre los dos la llevaron allí y la ocultaron tras un biombo, para que durmiera la borrachera.

Al entrar otra vez Adriana al salón donde estaban los invitados, varios de ellos le ofre-



Su sombrero había sido encontrado...

cieron qué beber y ella, para demostrar que no sentía predilección por ninguno aceptó todos los vasos y se los bebió en un minuto. Cuando terminó el último se le acercó Tom y le dijo:

—Es preciso que se arregle eso de Joseph... Necesito el dinero para mañana y le he telefoneado al Club.

—Pues no creo que se arregle— respondió Adriana tartamudeando a efectos del alcohol—. Ya te he dicho que quiero cien mil.

Entró una criada y le dijo que Emma Kral deseaba verla.

—¿Qué querrá esa aquí? — exclamó Adriana. Pero no obstante la hizo pasar y le preguntó cuando estuvo a solas con ella:

—¿Para qué quiere usted verme?

—Vengo sin que lo sepa Joseph—comenzó diciéndole Emma — a suplicarle que le deje usted en libertad... Usted no le ama, ni él tampoco... ¿Por qué ese empeño en impedir que seamos felices?... ¿Qué daño le he hecho yo a usted?

Tanta emoción ponía la joven en sus súplicas, que Adriana, a pesar de su estado de embriaguez terminó diciéndole:

—Me ha conmovido usted y le dejaré en libertad... Yo no quiero ningún dinero. Sean felices y en paz.

Pero entonces vió llegar a Joseph y le dijo:

—Espéreme un instante en el salón... Enseguida vuelvo.

La llevó hasta el salón, mientras ella le decía a Tom:

—Lleva a Joseph a mi alcoba, quiero hablarle allí primeramente.

Poco después Tom cumplía la orden de su amiga y éste le preguntó:

—¿Viene por lo del divorcio?

—Sí, Adriana — respondió él seriamente—. Quiero que cada uno quede en libertad.



—¡Queda usted detenido!

—Está bien—terminó diciendo ella—. Tu novia me ha convencido... Te concedo el divorcio sin que me des un céntimo.

Joseph al enterarse de que estaba allí su novia corrió a buscarla, para sacarla de aquella casa, mientras que Tom que había escuchado la conversación de Adriana y Joseph entraba en la alcoba de ésta y le decía:

—¿Es decir que le has dejado, sin salvarme a mí?

—¿Crees acaso que tengo yo la obligación

de pagar tus deudas?... Arréglatelas como puedas.

—Eso haré—exclamó Tom, apoderándose de las joyas de Adriana y envolviéndolas en su pañuelo, mientras que ella le decía:

—Si no dejas esas joyas te delataré como ladrón.

Y al querer lanzarse sobre él para sujetarlo, Tom abrió la puerta de la ventana y Adriana cayó desde una altura imponente a la calle.

No tardó en presentarse la policía y Tom al verlos, para impedir que recayesen sobre él las sospechas de la muerte de Adriana, arrojó las joyas envueltas en el pañuelo detrás del biombo, cayendo precisamente sobre la falda de Clarisa.

Pero el destino se empeñaba en complicar las cosas y Joseph fué acusado como autor de la muerte de Adriana, debido a que su sombrero había sido encontrado en la perchera del recibidor y había sido él también el último que había hablado con Adriana.

Conducidos todos a la Comisaría, cuando el señor Kral se enteró, corrió a salvar a su hija y al muchacho, convencido de que contra el amor nada podra hacer. Pero al llegar encontró que Emma, gracias a la borrachera de Clarisa, en cuyo poder encontró las joyas y el pañuelo, había conseguido descubrir al verdadero culpable. Entró a donde estaba el

comisario y le dió cuenta de su descubrimiento. Aquel examinó el pañuelo y dirigiéndose a Tom, le dijo:

—Queda usted detenido por la muerte de Clarisa.

Y mientras que el verdadero culpable quedaba prisionero, Emma y Joseph, abrazados por el futuro senador, empezaban a vivir una vida de infinita felicidad, y a sentir más unidos que nunca por aquel amor que vivía en sus corazones.

FIN

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio:
UNA pta.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

Cuentos de colores

**Colección
amena y
sugestiva**

Cuentos verdes
(No apta para señoritas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Pídalos antes de
que se agoten

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. *Fráqueo gratis*

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo 1'00 peseta

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GLORIA SWANSON
-BARBARA KENT-BEN LYON.

Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia: interpretada por
los artistas RONALD COLMAN y HAELEN HYES.

Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

LA ÚLTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del ídolo JOHN BARRYMORE y
HELEN TWELVETREES.

Producción R. K. O. Exclusivas SICE

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA EGGERTH y MAX HANSEN
Exclusivas: HUET

LA HIJA DEL DRAGÓN

Destacada producción del gran trágico SESSUE
HAYAKAWA - ANA-MAY WONG - WARNER OLAND.

Producción: PARAMOUNT FILMS

Pida el nuevo Catálogo ilustrado de las inimitables
Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona